

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA PIEDRA DE TOQUE.

La religion católica es la única verdadera, y es tambien la mejor, la sola perfecta entre todas las que abusivamente suelen llamarse religiones. Ninguno de nuestros lectores pondrá la menor vacilacion en aceptar la certidumbre de estas dos afirmaciones que en rigor pudieran reducirse á una sola. Escogida cualquiera de ellas como premisa, la otra será su inevitable consecuencia. La verdad es la fuente de que procede su bondad, la bondad es el sello que caracteriza su verdad.

Si para merecer el nombre de religion es preciso un conjunto de dogmas y preceptos en que el error y el mal no tengan cabida, si en esta cadena de oro que une á las criaturas con el supremo Creador no deben entrar eslabones de metal falso ó quebradizo, claro es que solamente la católica es digna de un nombre que tomado siempre en su estricto sentido jamás recaeria sobre instituciones meramente humanas. La religion tiene que ser una cosa divina, y el criterio de la razon basta para hacer ver que en este punto solo son atendibles las reclamaciones del catolicismo.

Este no es mas que la doctrina de Jesucristo esplicada y definida por la Iglesia, autoridad que el mismo Jesucristo dejó instituida. El edificio reposa sobre una base histórica de solidez inquebrantable. Reconocida la divinidad de Jesus salta á los ojos que el

Verbo del Padre, el Dios hecho hombre, al levantar una punta del velo que encubre los misterios de su incomprehensible esencia, al revelar á la humanidad sus elevados destinos, al dictarle las reglas que deben guiarla en su peregrinacion por la tierra, no podia enseñar dos doctrinas contradictorias, no podia enseñar mas que una, y esta precisamente habia de ser la verdadera. Y no es menos evidente que de esta doctrina única y exclusiva es imposible que sean legítimas dos interpretaciones entre sí opuestas ó siquiera discrepantes. De ningun modo cabe pues en la ley del evangelio esa elasticidad, que los sectarios le atribuyen con el mero hecho de pretender que cada uno pueda interpretarla á su manera. Por esto admitido el principio fundamental del cristianismo, es preciso ir todavía mas allá para encontrar la verdad completa, es preciso no detener la planta hasta fijarse en el catolicismo. En su seno reside el intérprete legal y autorizado que declara de qué modo ha de entenderse el testo de una doctrina, que es la verdadera porque emana de la verdad infalible, y que es la perfecta porque es obra de la bondad suprema. En esta elevada esfera el bien y la verdad son inseparables, y de ellos puede decirse que se hallan tan íntimamente enlazados como en el astro del dia los ardores que calientan y los resplandores que iluminan.

Descendiendo empero de esa altura sin salirnos del campo de la especulacion filosófica, observaremos que sentada *á priori* la

verdad de una teoría, su bondad es una consecuencia indeclinable; mas si nos ceñimos únicamente á su bondad, con esto no tendremos lo suficiente para cerciorarnos de que es la verdadera. Y es que habremos tomado por bondad esencial é indestructible unas cualidades accidentales ó pasajeras, unas aplicaciones mas generales, una perfeccion puramente relativa. Si por medios adecuados llegásemos á penetrar hasta el descubrimiento de la verdad, desde luego obtendríamos una garantía á todas luces completa; de otra suerte no podemos hacer mas que admitir una supremacia mas ó menos controvertible. Presupuesta la verdad de una teoría hay que aceptarla á todo trance; reconocida únicamente como la mejor entre las de su misma especie, nos contentamos con rendirle el homenaje de la preferencia.

Una escursion por los campos de la política ó de la ciencia nos subministraria á granel ejemplos para dar mas claridad y fuerza á nuestras aserciones. Aparte de los hechos que han pasado por el crisol de la autoridad ó de la esperiencia, de los fenómenos cuya constante regularidad les ha permitido ser objeto de una observacion nunca desmentida, de las deducciones inmediatas que han podido sujetarse á la rigurosa exactitud del cálculo matemático, ¿qué son las grandes cuestiones, pábulo y estímulo de nuestra inteligencia, mas que otros tantos enigmas en los labios de la esfinge? ¿Qué son las teorías y sistemas sino unos cuerpos de doctrina cuya alma es una verosimilitud mas ó menos palmaria ó convincente? Y que de aquí no pasa lo prueban las opuestas soluciones de un mismo problema, los perpétuos antagonismos de escuela, el renacimiento de sistemas que murieron de caducos, el ver una teoría enfrente de otra teoría litigando siempre y no atreviéndose nunca el tribunal á dar el fallo definitivo. Las escelencias de una sobre otra no son mas que probabilidades en favor de la primera. Probabilidades quizá muy numerosas, quizá muy concluyentes; pero probabilidades al cabo. Si en la apreciacion de estas escelencias pudiesen convenir todos los juicios, el hombre se creeria en posesion de la verdad científica ó social;

mas ni aun así estuviera en lo cierto. Para estarlo seria preciso que de antemano se hubiese demostrado la imposibilidad radical de otra teoría mas perfecta; desde este momento cesaria la lucha, el espíritu humano reposaria tranquilo; pero en medio de este reposo seria fáeil que se quedara dormido.

Conduce esto á cierto escepticismo que no reprobaremos mientras no traspase los límites que deben contenerlo. Admítase con reservas, y si se quiere con desconfianza, lo que está sujeto á las cabilaciones de la duda; mas no se rebaje á las condiciones de dudoso lo que se halla revestido con el carácter de la certeza. Consérvese la balanza en el fiel, y este escepticismo á lo mas se convertirá en una precaucion escesiva. Por otra parte es una confesion tácita de la insuficiencia de la razon humana, y esto dista bastante de las fantásticas apoteosis que tan en voga están hoy dia y que en resumidas cuentas no vienen á ser mas que otra prueba de su debilidad y flaqueza.

Lo que reprobamos es que salve la valla que Dios y no los hombres le han impuesto: Dios que tiene derecho de exigir y exige la sumision de nuestra inteligencia, Dios que ha hablado paladinamente y por lo mismo ha hecho radicalmente imposible la existencia de otra teoría religiosa mas perfecta que la suya. Y he aquí porque el catolicismo se levanta sobre unos fundamentos, con los cuales ni punto de comparacion tienen las bases en que se apoyan los sistemas científicos ó sociales. El daño que causa el escepticismo está en invadir un campo que le está vedado, y en el cual hay necesidad de creencias incontrastables cuando en los otros basta un racional asentimiento. Para ser buen católico se requiere una conviccion mas profunda que la necesaria para ser escelente adepto de una escuela filosófica ó decidido partidario de un régimen político. Bien se hallan estos cuando juzgan estar en lo mejor; el católico no puede dudar ni un momento de que está en lo verdadero. Siguiendo su camino ha de marchar con toda seguridad y desembarazo, y precisamente se marcha con mayor aplomo cuanto mas cu-

biertos se llevan los ojos con la venda de la fé. En este camino las vacilaciones son fatales: si se anda á tientas, si no se asienta bien la planta, si amenudo se tropieza en reparos y tranquilas, es que por falta de lógica ó de reflexion no se tiene un conocimiento pleno de estar en posesion de la verdad, es que intencionalmente ó por descuido se ha dejado abierto un portillo al escepticismo.

Ser católico porque tal sea la religion del pais en que se ha nacido, ó porque tales fueron las primeras lecciones recibidas de los labios de una madre, dicha es y no pequeña: es haber heredado sin esfuerzo alguno un rico tesoro en vez de haberlo adquirido á costa de sudores y fatigas; es haber recibido el talento de la parábola como don gratuito; pero el que lo entierra en vez de negociarlo no se oye llamar *siervo fiel*, porque el gozo del Señor no es una recompensa prometida á la casualidad del nacimiento.

Ser católico porque, á mas de haberse amantado con tan saludable leche, se ha reconocido cuán ilógica es y absurda la base en que descansa el protestantismo, es hallarse en buen camino; pero si en él no se avanza, se tendrá el derecho de inscribir su nombre en una estadística de católicos por no poder hacerlo en un catálogo de sectarios: se podrá entrar en la iglesia sin que el ostiario lo impida, mas no llamarse en el foro interno sumiso y verdadero hijo de la Iglesia.

Ser católico porque de las mas sencillas reflexiones se desprende que el sér inteligente y libre debe á su Criador el homenaje de su adoracion y agradecimiento, cuya fórmula es una religion positiva porque el exámen comparativo de las existentes no puede menos de poner en relieve las soberanas escelencias de la ley de Jesucristo sobre las de Moisés, Buda y Mahoma, es encontrarse todavía en los preliminares de la fé, en el campo de la razon y de la filosofia. Si de él no se sale, si no se suelta la mano de la razon para dejarse llevar en brazos de la fé, si no se admite el órden sobrenatural en su principio y en sus aplicaciones, si no se abdica el propio criterio para someterse al de la Iglesia universal, si la adhesion

esterna oculta ciertas reservas y restricciones mentales, será en vano arrogarse el título de creyente permaneciendo embozado racionalista.

Católicos nominales, á quienes falta mucho para tener su valor efectivo, han puesto los cimientos de la torre, y de ellos se puede hacer burla diciendo: *Quia hic homo cœpit œdificare et non potuit consummare?*

La mas brillante, la mas enérgica apologia del catolicismo se resume en una palabra: es el único depositario de la verdad, es la única religion verdadera. Cuando se descubre al error y á la verdad que frente á frente se disputan nuestra adhesion, no estamos facultados para concederla á cualquiera de los contendientes. No para esto se nos ha dado el libre alvedrio. No hay derecho para elegir el error, no hay derecho para dejar de escoger la verdad. Y lo contrario es un absurdo tal que basta el mas ténue brillo de una razon despejada, el mas ligero impulso de una conciencia recta, para hacer ver la necedad ó la mala fé de los que tal doctrina proclaman, puesto que de simple ignorancia no pecan.

No hay que darse por satisfechos afiliándose á la bandera católica, porque sea la preferible, la mas escelente, la que descuella por la pureza de su moral y la elevacion de sus sentimientos; hay que marchar y combatir á su sombra porque es la enseñanza de la verdad. Así lo comprende el que tiene verdadera fé, dádiva celestial que Dios nunca niega á los que con humildad de corazon la solicitan. Su brillo ilumina los rincones mas oscuros de la conciencia humana, y las tinieblas se desvanecen, y las dudas y objeciones se dispersan y ocultan como una bandada de aves nocturnas al rayar los primeros albores del dia. Esta fé en la verdad es la piedra de toque con que puede cada uno apreciar los quilates de su catolicismo.

T. AGUILÓ.

LA CIENCIA DEL MUNDO (*).

Ha llegado á su colmo la realidad del error. Vano por naturaleza, suple con gritos su impotencia, y llena imbécil los espacios con el eco de sus iras.

No teniendo á donde ir ni punto de partida, ha dicho primero: *atreverse es todo*. Despues comprendió que le habian escuchado, y dijo: *¡Audacia, audacia, siempre audacia!* Y sacando tempestades del seno desgarrado de su temeridad, se lanza de nuevo sobre lo presente que le abrumba, sobre lo pasado que le hastía, y quiere apoderarse del porvenir clamando ciego en soberbia: *¡No moriré!*

Rásganse á cada paso las vestiduras que encubren su forma de sér pretenciosa, y mas y mas despechado apela á la fuerza de espectáculo, propalando calumnias y provocando conflictos.

No es mas el error, ni sabe mas, ni puede mas. Al acercarse á él, recela ó enmudece, suele tambien mostrarse altanero para fingir poderío. ¿Quién tiene la culpa de que el error llegue á ser algo, y aun de que el error impere? Los buenos deben avergonzarse de su apatía. Corren al esparcirse rumores de trastornos, dan la espalda; y entonces los hijos de la mentira mienten alto, muy alto, haciendo que pueden, y el poder que ejercen lo deben á la cobardía de la honradez.

No debia de haber ya honradez cobarde. La honradez debe ser francamente animosa, decidida, resuelta. O cumple esta obligacion, ó sucumbe herida por la espalda, ó befa por la traicion victoriosa.

El peligro de las sociedades modernas, pues que la sociedad se ha declarado *multiplicable*, consiste en que no saben deslindar ni colocarse bien ni siquiera cual es su puesto de honor. ¡Así va ello! Media docena de soñadores dan el tono social en cada país, y á ellos como á encantadores acuden los utopistas de café y los veteranos de barricadas.

Hay otras gentes para inferiores ministerios. En el órden de oficiales prácticos forman todos los descontentos, y pertenecen á los movilizados cuantos tuvieron que desistir de una profesión honrosa sin mas causa que no haber tocado la meta de aprendices.

Anchas las bases de tales colocaciones, se cuenta siempre con la docilidad de los seducidos, y fá-

cilmente finge serlo todo hijo pródigo y todo mal ciudadano. El título por donde se acredita habilidad para semejantes cargos, es el haberse abonado á una manifestacion irrespetuosa á la autoridad con aire de impiedad ó desacato. Quanto mas limpia de fé, de veneracion, de cortesía y de buenos modales esté la hoja de servicios, tanto mas se recomienda á los favores del movimiento continuo.

¡Ya lo sabemos! Faltan caracteres, y por eso abundan las caricaturas. La de la impiedad es el mentido patriotismo. ¿Quién puede conservarlo guardando el desacato, el encono y el odio contra Dios y contra la Iglesia? Y sin embargo se nos dirá que no siente nobles pulsaciones el que no es osado para renegar de su fé y de su nacimiento.

Hasta cierta época habia no sé qué género de habilidades que conspiraban á presentar un maridaje entre la verdad y el error, entre el bien y el mal. Ahora se declara inútil toda clase de rodeos. Solo queda un velo, el de las nacionalidades, apodo real del patriotismo. Tambien caerá ese velo, y entonces se habrá presentado tal como es la grande obra de la ciencia del mundo.

Lo cual significa que de teoría en teoría y de ficcion en ficcion, hemos venido á parar en la última de las realidades, que se muestra en el vacío inmenso de toda luz y de toda probidad, aunque se diga somos arreglados por una *moral universal* que dejaria de ser moralidad comun desde que el *yo humano* la formulara ó como creador ó como intérprete.

Se añade á esto esa otra quimera de *derecho*, que cae sobre las sociedades como un veto contra el abolengo de sus leyes y costumbres, de sus prácticas é instituciones. Y como no haya mas salvaguardia contra la general agresion que la autoridad de la Iglesia, donde se guarda el depósito de la doctrina que ilustra y de la moral que santifica, de ahí nacen y contra esto pugnan todas las iras y todos los odios. El instinto del mal es certero. Cuando se le deja sin represion y sin correctivo, entretiene sus malditos ocios en guerrear consigo mismo, oponiendo matices á matices, fórmulas á fórmulas, todo reducido á tarea de mas ó de menos; pero al sonar la palabra de verdad con espíritu y vida, se verifica instantáneamente una fusion prodigiosa, combinada, de lo preexistente y de lo imaginario, á que se da forma, color y movimientos horribles. Y es natural. Hay muchos párvulos, mucho vulgo, muchos ilusos; y con hablarles de espectros, de duendes y brujas, de *quemaderos* y de *trenzas*, se hace el fabuloso negocio de la salvacion de la ciencia por la ciencia.

(*) Uno de nuestros mas insignes prelados, el de Jaen, ha publicado acerca de los novísimos revolucionarios ó mas bien perturbadores una serie de gráficos artículos, cuyo primer bosquejo parece trazado en el mismo banco que ocupó en el congreso á vista de las escenas que á su alrededor ocurrían. Por lo que en si valen y por el nombre ilustre de su autor tendremos un placer en irlos reproduciendo.

¡No haya cuidado! Un día y otro, cien y mil veces se pondrá en claro tanta ridiculez y tanta superchería; y sin embargo la elocuencia patibularia, la poesía chanzonera, el pincel, el buril, la fotografía, el epígrafe maligno y el suelto picante, se encargarán de mantener vivo el interés dramático de esos lances y de esas escenas, que ahuyentan del pueblo la fé, el respeto, la sensatez y hasta el pudor, forma apacible de las familias educadas.

Así, así caminamos de una en otra degradación, muy contentos al parecer porque se nos dice que vamos adelante y que entramos en el gran concierto de las naciones.

La credulidad siempre es síntoma de decadencia; mas si es la credulidad del azotado ganoso de su ignominia, entonces se convierte en un género de prostitucion natural que valiera mas no poner á la vista.

Asociando los oprobios á los parabienes y la malignidad del elogio á la sonrisa del desprecio, sácanse á mercado y á pública subasta los acuerdos tomados contra la Iglesia, en la firme persuasion de que solo discutir es vencer, cuando se discute de cierta manera en sitios determinados y entre personas escogidas. Tales cosas traen por lo comun lo que ahora se llama *golpes de efecto*.

Basta una impresion, basta un arrebató para dar concluido el espediente de que no hay Dios, ni alma, ni cielo, ni tierra. ¿Quién resiste á la lógica del palmoteo? ¿Por ventura se concibe argumento mas ingenioso ni racionio mas ajustado que el de la agresion convulsiva?

Pues bien. Meditemos, ya que á meditar se nos brinda. Pasada la hora de haberse corrido el telon, se busca la obra ejecutada, y libre ya del aparato mímico inspira lástima, compasion y vergüenza. No quisiera uno recordar haber oído ni haber visto á hombres de talento aplaudir ayer lo que hoy han de condenar en su leal juicio.

Y no hay que dudarlo. Estamos pasando por estas tiranías de escenario. Estamos pasando por un género de humillacion que nos deshonra y nos consume.

Para compensarnos de todo se nos dirá... «Pero teneis oradores, teneis poetas, se os habla ya de constituciones comparadas, se os cita en acento alemán un nombre esclarecido, y se os da cuenta de lo que pasa en el mundo científico.» Dejemos para un *diálogo entre muertos* lo de la oratoria y poesía, mencionando únicamente el asunto de erudicion política y literaria. ¿Es cierto, es exacto que somos ricos en códigos y ricos tambien en letras? Que

respondan las costumbres y que depongan las bibliotecas, ya que por cautela retórica no queremos hacer mérito de museos, de archivos y de relicarios. No perdamos de vista que la historia literaria es carne de la carne y hueso de los huesos de la historia monumental. Despedazar códices, rasgar manuscritos, destruir relieves y pulverizar epígrafes, arrollar lienzos y hacer que emigren las artes, no es seguro indicio de mancomunidad y de progreso.

Consecuencia natural de tales decaimientos ha sido fingirse un Dios que no se pagaba de los hombres ni de las cosas del mundo. Tan alto, y alto de tal modo lo consideraron, que dijeron: «no podemos ofenderle.» Otros de la misma familia se daban por satisfechos juzgando á Dios muy ocupado en cosas mas grandes que las obras mismas de sus manos, de las que al parecer no cuidaba. En fin, crearon ellos mismos un Dios á su gusto y manera, un Dios *tolerante* y hasta indiferente; y como son justos, buenos pagadores, consecuentes y agradecidos, correspondieron diciéndole: «¡Vete de ahí! ¡vete de las instituciones! ¡fuera de nosotros! ¡Quedas cesante! ¡desaloja el templo! ¡Descienda tu Hijo de la cruz, hecho pedazos ante las aras de la ciencia! ¡Qué llore desventurada la Madre del Salvador!»

Désde entonces ni *decálogo* ni *sacramentos*. Están de mas el Sinaí y el Calvario. Si en lances de pasion conviene utilizar nombres, que sea con la mala voluntad posible, esto es, para que el pueblo se impresione de *tablas* y de *sacrificios* revolucionarios.

¡Arte, arte y mas arte! Culto á todo lo que no sea Dios; á saber, culto á los dioses implacables de la calumnia y del amor propio.

Sobre estas nociones viene fundándose el vasto edificio de las nacionalidades ateas. Con tal de que la industria prospere y el comercio se aumente a aire libre de la negociacion y del empréstito, bien puede cederse lo que habia de modestia en las familias, de rectitud en las ideas y de lealtad en los tratados. Venga la sordera espiritual causada por el silbido y el estruendo de las máquinas; venga enhorabuena el hastío moral, venga el adormecimiento, y venga la parálisis. ¿Y qué ha de venir en reemplazo de Dios y en reemplazo de su Cristo?

Llegarán por asalto falsos cristos y falsos doctores, vestidos á la moderna, pero con la enseña de Cerinto, de Helvidio, de Marcion y de Menandro; y tomando los aires de la rebelion *albigense*, la de los *paisanos* y de los *pobres* de Leon, aparecerán *Luteruelos* en la audacia y en la apostasia, y ridículos

imitadores de Voltaire, armados con la erudición de Volney, y de Holbach, del *Citador* y de Renan. Y he aquí el misterio descubierto.

Por manera que todo será diminutivos. Luteruelos, Voltairuelos y niños no mimados sino que se complacen en mimar la decrepitud incrédula, sin perjuicio de estar muy á la mira de llamar al cura en ciertos casos y para disponer un viaje determinado.

En tanto y respetando siempre las tradiciones de burla y de sarcasmo, se levanta el pecho, se añueca la voz, y se lanzan miradas de superioridad y desden sobre lo pasado y sobre lo presente, para imponer ideas resueltas, atrevidas y tajantes en tono profético y dominador. Desde entonces empieza á ser negocio indiscutible que el cristianismo ha muerto, que reyes y pueblos, cosas é instituciones, van á desaparecer á vista del nuevo bautismo con que la civilización moderna regenera las naciones.

Sí, sí; la incautación está decretada. Despojada de sus atributos de poder, de gloria y de magnificencia la misma Divinidad, cae sobre la cabeza de los autónomos todo ese poderío, toda esa majestad. Ellos darán leyes al universo, legislarán para todos los hombres; mas afirmarán resueltamente que hay derechos ilegislables. No se contentan con inquirir y buscar, con determinar y resolver; no es bastante eso para los doctores de la *ilegislabilidad*. Ellos establecen la justicia y constituyen los estados: lo mismo crean el derecho, que lo declaran fuera y superior á toda imaginable regla. Y ¡cosa peregrina! despues que nos han enseñado cosas tan bellas con tan galana frase, acabamos por saber que cada veinte años, ó cada diez, ó cuatro, hemos de recibir un modo de sér político y social, como si dijéramos, se nos ha de dar una constitución, salvos los derechos ilegislables.

Además tengo para mí que al decir *derechos ilegislables*, ó nada se dice, ó solo significa que se intenta romper la relación indispensable entre los derechos y los deberes. Porque si son derechos, son reglas; y la regla, dirían los filósofos, no cae bajo lo *regulado*, sino que á ella se conforma ó de ella se aparta el que usa ó abusa del derecho. Así es que todo derecho sería ilegislable por ser norma, y sería legible en el sugeto que lo ejerce; y de aquí parte el deber. El ejercicio de un derecho supone moralidad, inconcebible sin regla.

Pero no es esto lo que se pretende. Quiérese que haya palabra sin regla para proferirla, que haya escritor sin ley á que atemperarse, ó que solo ha-

ya un *quid divinum* vago y editor responsable que no pueda ser residenciado ahora, luego ni nunca. Se invocará al efecto la *moral*, que en concepto de *universal*, cada uno dirá que está dentro de ella. ¡Ya se ve! ¡Es tan lata! ¡Es tan liberal, que á todas partes alcanzan sus prodigalidades! ¡Está muy bien! Pero es el caso que declarando la *ilegislabilidad*, habrá precisión de establecer un *casuismo* interminable; á saber, tales derechos son ilegislables, y lo son en estos ó en los otros casos, en tales circunstancias, en determinadas localidades, y *sic usque in infinitum*. De donde resultará que, como sucede de ordinario, son otros fueros, serán tantas las limitaciones, que no habrá por donde coger ni mirar á la bella diosa, colocada en el templo del mundo como señal de ruina y de contradicción.

Y no nos engañemos. O todo, todo ha de prohibirlo, ó ha de consentirlo todo. Lo primero, cuando la invoque el tirano, que hay posibilidad de que existan tiranos; lo segundo cuando á ella apele el oprimido ó el agresor. Tal es el resultado de los absurdos y de los sofismas. Si habláis de regla sin regulador, habreis establecido la mas funesta de las anarquías. ¡Ah! os espanta la autoridad, y no os aterra el despotismo de las pasiones.

Andando el tiempo, no tendreis ojos para llorar las desventuras que habreis causado, por mas que ahora las creais remotas ó evitables al acercarse. Os apremiará la angustia de las circunstancias, imprevistas en su mayoría; y colocados entre la espada y la pared, no habrá salvación para vosotros mismos. ¡Ah! privados entonces hasta del consuelo que guarda la buena conciencia para lances estreños, direis: «no hay remedio! ¡es tarde!»

Ni se consigna esto como imputación terrible, ni puede ser amenaza ni siquiera argumento *ad terrorem*; es solo para significar que hay un sentido comun y práctico que condena de antemano ciertas ilusiones, cierto modo de comprender y de llevar á cabo las cosas públicas.

¡Qué error! Se hiere la fibra mas delicada del sentimiento social y patrio; y no se teme que desde la entraña lastimada se derrame por todas las arterias de la sociedad, hasta dejar helados los estreños, el pavor de la convulsión y la palidez de la muerte. Poco importa que negueis esto, porque os alucina el tumulto de las pasiones y os seduce el alboroto de los sacudimientos sociales, que sois interpretar por vigor y por patriotismo. Muy pronto vereis caer, no una á una, sino todas á la vez, mil ilusiones ya preconcebidas, ya inventadas. No hay poder imaginable que se sobreponga al poder

de la lógica, que es más franco y decisivo cuando simpatiza con el poder del carácter nacional. Dejad, dejad de servir al espíritu de inquietud que desquicia y trastorna, sin elaborar más que cosas terceras. Conservad perfeccionando, que es la obra maravillosa de la razón, de la conveniencia y del cálculo. Las naciones educadas adelantan; las naciones *constituibles* son pueblos niños; fáciles de ser engañados con fábulas y cuentos. La infancia siempre es peligrosa en los individuos, en los pueblos es síntoma de envilecimiento. Se parecen mucho la niñez y la decrepitud. Los pueblos imitadores son pueblos niños: repiten, mas no inventan.

Jaen 1° de Junio de 1869.—EL OBISPO.»

LÓGIAS MASÓNICAS.

Desde hace mucho tiempo obsérvase en la francmasonería extraordinario movimiento. En Florencia, del 30 de mayo al 20 de junio últimos, hubo una asamblea general de todos los francmasones de la península itálica, asamblea que terminó con un banquete á que asistió Federico Campanella, el *alter ego* de Mazzini y director del periódico republicano de Milan *L'Unità Italiana*. Los brindis eran por supuesto imprescindibles. El primero fué: «á la union de todos los hombres honrados para salvar la Italia;» y el segundo: «á Garibaldi y á Mazzini!» El gobierno florentino, lejos de oponerse á los trabajos del conciliábulo, permitió á la agencia oficial Stefani el anuncio de que los francmasones habian comido juntos en aquella capital.

La magistratura, el ejército y la marina, además de otras clases, tenian allí larga representacion; con la particularidad de que la mayoría de estas *respectabilidades* se componia de antiguos servidores de los príncipes destronados. ¡Qué maravilla, pues, que estos príncipes hayan caído con tanta facilidad! El caso es que Víctor Manuel se halla en peligro de que le suceda otro tanto. De esto, que no será mas que una espiacion justísima, manifestaremos un notable sintoma.

La *Riforma* de Florencia habia dicho que el segundo brindis del banquete habia sido por Víctor Manuel, Garibaldi y Mazzini. Ninguna disonancia resultaba al parecer de estos tres nombres juntos; y al contrario hay entre ellos cierta armonía. Pero Campanella en una carta dirigida á aquel periódico protesta que el nombre de Víctor Manuel no se pronunció en el banquete masónico, y este mentís se ha aceptado por el periódico órgano del *Grande-Oriente*. De manera que puede tenerse por indudable lo que ya se sospechaba; á saber: que los votos de las logias no son para Víctor Manuel, sino para Mazzini y Garibaldi. ¡Pobre rey *Galantuomo*! Te has puesto al servicio de la revolucion, creyendo tal vez convertirla en tu provecho: á ella has sacrificado tu cuna, tu nombre; lo que debias á otros príncipes, y mucho mas que esto todavía; y ahora la revolucion te mira como un obstáculo, ó por lo menos como un instrumento que por inútil se arroja al fuego. ¡Cuán exacto es aquel dicho vulgar: *así paga el diablo á sus servidores!*

En España, según ha anunciado un periódico, se celebró en junio último otra asamblea general masónica con ocasion de la fiesta del solsticio de verano. Se dice que fué muy numerosa, y tuvo lugar en San Sebastian. Innesario es hablar de la influencia que á la masonería se atribuye en nuestras revoluciones.

Tambien las lógicas del grande Oriente francés, representada cada una por su presidente y un delegado, tuvieron hace poco en París la junta que anualmente celebran por la misma época. En esa reunion se propuso una general extraordinaria para el 28 de diciembre, á fin de oponerse á los anatemas de la iglesia contra la francmasonería. Pero aunque acogida la proposicion entre aclamaciones, el gran maestro general Maillet no dejó discutirla y cerró las sesiones, no obstante las protestas en contrario.

Dícese en fin que el 3 del mes corriente se constituyó asimismo en la capital de Francia la gran dieta masónica, donde los Grandes Orientes extranjeros, incluso el de España, estaban representados por plenipotenciarios.

¿Qué resultará de todas esas juntas, que no habrán sido las únicas de su especie en Europa? No es temerario suponer que se preparan profundos trastornos. Acaso los habidos recientemente en el vecino imperio y la agitacion que allí subsiste hayan recibido el impulso de las sociedades secretas. Aun prescindiendo de lo que la historia enseña, merece singular atencion que una lógica de la obediencia del general Maillet haya recomendado á este que interponga su influencia en favor de los *hermanos* presos, y especialmente de algunos que la carta menciona, á causa de los últimos acontecimientos de París, *sea ó no cierto el motivo de la prision*. Y á esto puede añadirse que, según leemos en *L'Univers* del 12, Garibaldi que es la espada de las sociedades secretas debe de tener del conciliábulo de Florencia órdenes reservadas con las cuales siempre se ha conformado; y si es verdad que ha abandonado su residencia de Caprera, no será para marchar desde luego contra Roma, pues el mismo dijo últimamente que para estrechar y oprimir el Vaticano *hay que conquistar primero las Tullerías y el palacio Pitti*, en lo cual se trabaja.

Entre tanto el gobierno de Víctor Manuel ó sea Menabrea parece que solo piensa en poner obstáculos á la gran asamblea católica convocada por Pio IX. Su odio al concilio ya da en monomanía. En vez de defenderse de las lógicas, coadyuva al objeto final de estas, que es la guerra al catolicismo.

Y por lo que toca á Francia, he aquí como indico un párrafo de una carta de Mende:

«Nuestra ciudad, tan tranquila antes y tan buena, parece haber salido del imperio, y traspasado los Alpes ó los Pirineos. Hace dos meses que está bajo el yugo de una faccion antirreligiosa y tiránica. Los sacerdotes y los demás habitantes pacíficos y honrados son objeto diariamente de insultos y de indignas burlas. La policía está como con las manos ligadas, y por otra parte el periódico que pasa por órgano de la autoridad local esparce á manos llenas la calumnia con objeto, dicen, de *desfanatizar al pueblo todavía lleno de fé.*»

¡Ah! No es de los gobiernos temporales de donde hemos de esperar remedio. Cada día es mas necesario que los católicos nos agrupemos, nos unamos, a fin de resistir los ataques de las sociedades secretas y vencerlas en noble lucha.

Hay que oponer á la organizacion del mal la del bien, á unas armas otras armas. El católico que, pudiendo tomar parte activa en la pelea, no lo hace sin embargo, no se muestra digno del nombre de cristiano, ni aun conocedor del tiempo en que vivimos.

CRÓNICA.

Escedió con mucho á las esperanzas mas alhagüenas el esplendor de la fiesta dedicada á nuestra inmortal compatriota la Beata Catalina Tomás, en sustitucion de la que solia tributarle el ayuntamiento de Palma en 28 de julio. Y no precisamente por el espectáculo deslumbrador que presentaba el templo iluminado como nunca, ni por la brillante ejecucion de la misa de Paccini y de los coros de Rossini *fé, esperanza y caridad*, ni por la asistencia de nuestro Escmo. Prelado y del cabildo catedral con la de varias comisiones militares y de algunos concejales que habian votado conforme al popular sentimiento religioso, ni por el tacto con que el distinguido orador sagrado D. Joaquin Vidal se refirió á la cuestion del dia; lo que no podíamos figurarnos era el concurso que dos horas antes de empezar la funcion llenaba ya la iglesia y la plazuela cubierta con un vasto toldo, sin contar los miles de personas que hubieron de retirarse; lo indescriptible es la animacion, la alegría, el entusiasmo de la innumerable muchedumbre que hasta las doce de la noche inundó todas las plazas y calles inmediatas, mas que para disfrutar de las armonías de la música y de los vistosos fuegos artificiales, para rendir este homenaje á la Beata. Verdaderamente era aquel *el vecindario de Palma* que lo tributaba, como en el frontispicio del toldo se leia, con leves, con insignificantísimas excepciones. A vista del imponente testimonio, casi pudiera esclamarse *felix culpa!*

A la piedra que recuerda en el Mercado la memoria de la Beata y sus lágrimas acerbadas al hallar cerradas á su vocacion las puertas de los conventos, le tocó tambien su parte de obsequio, erigiendo al pié de ella un retablo á la insigne heroína que se adornó con luces y colgaduras, tocando allí otra música hasta hora muy avanzada. Sentimos el escándalo que causó el ver *adorada la piedra* á los inmemoriales y entusiastas adoradores de la *lápida* constitucional harto mas pomposamente engalanada en dias muy recientes.

Un diario de esta ciudad nos recomienda no sé qué cáfila de insultos, suposiciones y calumnias contra el clero tomada de no sé qué periódico de Madrid. Ya empezamos á convencernos de ello tristemente, que esa hidrofobia anticlerical no es una aberracion monstruosa de uno que otro individuo, sino que constituye el distintivo de la raza. Por nuestra parte lo recomendamos á los hombres de decoro y de sensatez que no se avergüenzan de pertenecer á un partido que tiene en la prensa y en todas esferas tales intérpretes y representantes.

Aplaudimos la siguiente leccion dada á los republicanos de Cádiz por *la Bandera Católica* de Jerez con ocasion de las fiestas con que fué celebrada ultimamente la conduccion de las aguas de Tempul á esta floreciente y cristiana poblacion, que empieza á sacudir al parecer la tiranía del vandalismo que la abrumaba.

«Segun leemos en un periódico de Cádiz, parece que la prensa republicana de aquella localidad ha estrañado mucho que tanto el municipio de la misma como dicha prensa no hayan sido invitados oficialmente á presenciar la inauguracion de las aguas y fiestas que la acompañaron. Y no concebimos por qué se quejen, cuando ha entrado á componer nuestra festividad un elemento tan enemigo de aquel partido, el elemento religioso. Les debiera haber bastado el saber que entraban como parte principal y fundamental de la inauguracion las santas y augustas ceremonias de la Iglesia católica, apostólica, romana, de las que aparecen ha tiempo divorciados dicha prensa y sus correligionarios, manifestándolo diversas veces por escrito, de obra y hasta oficialmente, para no formular dichas quejas.

¡Qué! ¿por ventura se nos olvidará jamás, no solo la desatencion formal que recibiera un respetable é *Ilustrisimo* ciudadano de aquella, cuando invitó á los mismos para que asistiesen á uno de los actos mas sublimes y grandiosos de nuestra sagrada religion en que iba envuelta la honra de Cádiz, sino lo que es mas, que se hiciese un desprecio horrible é inaudito al negarse á prestar homenaje religioso y cívico á la Magestad divina?

¿Y queria ahora la prensa que estos mismos con tales antecedentes asistiesen á la bendicion; que segun los sagrados ritos de la Iglesia diese á nuestras aguas y á nuestro acueducto un elevado principe de la Iglesia y al solemne *Te-Deum* en nuestra santa é insigne iglesia colegial? Podemos creer por lo tanto que no se han fijado bien en lo que habia dispuesto esta católica, piadosa y sensata sociedad de aguas, estrañando el no ser convidados. No sabemos lo que habrán tenido presente los señores que componen la junta directiva de dicha sociedad de aguas, para no hacer estensivo el convite á los señores á quienes se refiere el periódico á que aludimos; pero se nos alcanza lo que ya hemos espuesto, á saber, que la festividad era **CIVICO-RELIGIOSA.**»

El sábado 17 por la noche, estando representándose en Madrid en el Circo de Paul una especie de farsa revista, titulada *Setiembre del 68 y Abril del 69*,—que dicho sea de paso, tiene muchas alusiones contra la situacion, que son por cierto muy aplaudidas,—pasó el Santo Viático por frente del teatro.

En cuanto se oyó el sonido de la campanilla, todos los espectadores, volviendo la espalda al escenario, se pusieron de rodillas; se suspendió la representacion, los actores se arrodillaron tambien, y la orquesta tocó la marcha real. Era hermoso espectáculo el que ofrecia aquella multitud en devoto recogimiento, mientras pasaba por la calle el Rey de todo lo criado; y fué mas hermosa todavia la esplosion de entusiasmo de los concurrentes al ver aquella manifestacion del sentimiento religioso.

En efecto, un aplauso general mezclado con gritos de alegría resonó en el teatro así que pasó S. D. M. Aquel aplauso era la espresion del sentimiento católico: se aplaudian unos á otros, porque todos se habian mostrado fieles á su Dios y á la fé que profesaron en el santo bautismo.

El Sr. Sagasta que asistia á la representacion y fué testigo de esta escena, podrá responder á los que digan que el catolicismo ha muerto en España, con esta sencilla frase: «He visto el entusiasmo religioso de los españoles hasta en los teatros de Madrid.»